

Fecha 19.02.2009	Sección Opinión	Página 2
---------------------	--------------------	-------------



La violencia

Las instituciones democráticas no alcanzan para pactar las transformaciones que el país requiere, pero lo representan y gobiernan en todos los niveles. No hay acuerdos fundamentales entre sus fuerzas políticas sobre qué rumbo tomar, y se estorban unas a otras, pero su desacuerdo no destruye ni socava el Estado, simplemente lo hace un instrumento más debatido, menos eficaz para el cambio.

Lentitud, desacuerdos, poderes disminuidos: son los usos y costumbres de la democracia, los indicios de su existencia no de su destrucción.

El desafío mayor que tiene la República no viene de la vitalidad adolescente de su democracia, sino de la delincuencia organizada. Pagamos en ello nuestras culpas de omisión, la increíble tolerancia con que gobiernos y ciudadanos dejamos por décadas que el narcotráfico se volviera parte del paisaje.

Podemos decir que el Estado ha reaccionado tarde y sin una estrategia clara frente a este desafío, pero no podemos negar la claridad con que lo ha asumido, ni reclamarle que no haya cumplido sus promesas. No prometió triunfos rápidos, ni saldos blancos, sino, desde el principio, una guerra larga con pérdida de vidas.

Pero contemos bien los muertos y a qué lado pertenecen. En las historias cotidianas

de ejecutados y decapitados que nos asaltan desde los medios de comunicación, la cuenta mayor de víctimas es de sicarios muertos por sicarios. Un mínimo porcentaje, no superior a 10 por ciento es de las fuerzas del Estado y de víctimas inocentes.

¿Habla esto de una eficacia de Estado en su guerra contra el *narco*? No lo creo. Habla sobre todo de que el crimen organizado es una fuerza autodestructiva, que porta en sí misma el germen de su aniquilación.

La guerra entre bandas duplicó el número de sus muertos el año pasado y va en camino de duplicarlos otra vez en 2009. Esa sangría no puede no tener fin, por la sencilla razón de que la violencia no es un impulso profundo de la sociedad mexicana.

Contra lo que sugieren todos los días los periódicos, el promedio de homicidios en México no ha hecho sino descender desde los años noventa. Está en el orden de los 11 homicidios por cada cien mil habitantes, el doble que en Estados Unidos y el triple que en Suiza, pero la tercera parte que en Colombia, la cuarta parte que en Brasil, la quinta parte que en Guatemala.

La violencia de los sicarios que atormenta nuestra imaginación, se da en el bastidor de un pueblo que no ama la violencia, ni encuentra en ella una solución a sus problemas. ■■

acamín@milenio.com

